

INÉS OLMEDO

Premio a la Investigación Solidaria

«No hay que encerrarse en uno mismo y olvidarse de los de alrededor»

Recién licenciada de la Escuela Superior de Ingeniería, ha recibido este premio por un proyecto para **un hospital en Malawi, que dará servicio sanitario a unas 50.000 personas del país africano**

TEXTO: FÉLIX IGLESIAS FOTO: CÉSAR MINGUELA

—¿Cómo surge el proyecto de Malawi, en el sur del continente africano?

—Fue una propuesta que hizo en clase una profesora cuando aún no había acabado la carrera. Se trata de un proyecto hospitalario en Malawi de la ONG África Directo, donde no tenían suministro eléctrico ni de agua corriente. Se trataba de realizar una instalación solar fotovoltaica para los distintos módulos en los que se componen el hospital al objeto de que tengan luz para electrodomésticos como los frigoríficos o instrumental hospitalario.

—Entonces decidiste asumir ese proyecto...

—Sí, me propusieron que mi trabajo de fin de carrera fuese ese proyecto. De hecho, yo no había pensado en ninguno.

—Partes de un objetivo, pero ¿aportaste algo más a lo inicialmente mandado?

—La idea era muy general. Parte del trabajo consistió en ver las distintas posibilidades dentro de una instalación solar fotovoltaica para sacar el mejor rendimiento, cómo era o hacer una instalación conjunta para todo el hospital o instalaciones modulares para cada módulo hospitalario. Fuimos viendo los tipos de captadores que se podían instalar, si corriente alterna o continua, viendo las posibilidades económicas, pues allá los recursos son muy escasos y hay que mirar mucho el dinero disponible. Los primeros dimensionados salían muy caros pues yo tan sólo disponía de unos planos básicos, muy esquemáticos del proyecto. Tuve que dar muchas vueltas hasta llegar a una solución muy básica que permite instalar frigoríficos de corriente alterna y otros con continua, pues una instalación en corriente continua sale más barata. El reto es que tuviesen lo básico y que no saliese muy caro.

—¿Cómo está el proyecto en estos momentos?

—El hospital ya se está construyendo y va a comenzar a comprarse los paneles solares. En estos momentos, África Directo están en contacto con empresas españolas, pues tienen captadores solares que aquí no sirven al tener pequeños defectos pero que funcionan y son más económicos. Además, estas empresas me han ayudado bastante pues yo hasta ahora todo lo sabía por la teoría.



Inés se siente satisfecha porque del hospital se podrán beneficiar 50.000 personas

—¿Habías colaborado ya con alguna ONG?

—Colaboré con Asprona en Valladolid pues tengo un hermano con síndrome de Down.

—¿Conocías los premios de ABC Solidario?

—No. Cuando África Directo me propuso presentarme a los premios de ABC yo había entregado el trabajo y casi me había olvidado de él.

—¿Cómo recibiste la noticia del premio?

—Imagínate, con mucha alegría. Me hizo mucha ilusión recibir la noticia. Yo ya estaba contenta con mi trabajo pero el premio me hizo sentir más satisfecha. Ya lo estaba antes, pues cuando lo leí como trabajo de fin de carrera me pusieron muy buena nota y luego sentí que iba a servir para mucha gente, pues va a ser el único hospital de esa zona, del que se van a poder beneficiar unas 50.000 personas. Y claro, y luego está que con el premio recibes una gran grati-

El hospital, que será el único en esa zona, servirá también como escuela para todos los niños del poblado

ficación personal por un trabajo de seis meses.

—¿Has pensado que estos países necesitan sobre todo ser capaces de salir adelante por sus propios medios y no depender de terceros?

—Es un tema al que di muchas vueltas. Desde luego, eso sería lo mejor. Pero por el momento en África eso es muy complicado, pues apenas pueden sobrevivir físicamente. Además, el hospital servirá también como escuela, como un pequeño poblado desde donde puedan salir adelante poco a poco.

—Ahora vas a comenzar una nueva etapa profesional, ¿seguirás manteniendo un vínculo con las ONG?

—Me gusta mi colaboración con Asprona y este trabajo también. Si tengo la oportunidad de poder compatibilizar mi trabajo con estas iniciativas, sí que me gustaría seguir participando. Creo que no hay que encerrarse en el trabajo y en uno mismo, olvidándose de los de alrededor.

—¿En los países desarrollados vivimos muy por encima de nuestras posibilidades?

—Creo que somos muy exigentes con todo. Desde pequeños queremos de todo. Desde luego, no hay que renunciar a cosas que nos agradan, pero no cuesta nada interesarse un poco por los demás.

SOLIDARIDAD EN LA PUERTA DE AL LADO

MANUEL DE LA FUENTE

Solidaridad: «Adhesión circunstancial a la causa o a la empresa de otros». El Diccionario de la Real Academia, como la prueba del algodón, no engaña. Al amparo de esta definición, un punto frío, se agrupan los calientes sentimientos de tantos jóvenes (y no tan jóvenes) dispuestos no a meter más el dedo en la llaga (también si fuera necesario) sino a tirar del betadine del alma e intentar poner la venda del ser solidario allá donde haga falta. No valen las excusas. Ni las de tiempo, ni las de espacio, ni las de bolsillo. Siempre hay un momento para ejercer la solidaridad. Incluso, ni siquiera es necesario ejercerla en grupo, ni a través de una organización, ni siguiendo un plan de trabajo. Pero es de suponer y de esperar que entre el sector más dinámico (y con más tiempo libre, no nos engañemos) de la sociedad, la juventud, la solidaridad debe convertirse casi en un fenómeno natural, como una tormenta, o como una nevada, como beberse un refrescante vaso de agua. Hay mucho por hacer y no sobran muchas manos, ni muchos hombros que arrimar. A un paso de casa y al otro lado del planeta. Pero además de los brazos del esfuerzo se necesitan los músculos de la imaginación. E ir al grano, que aunque no haga granero siempre ayuda al compañero.

Ejercer la solidaridad es mucho más sencillo de lo que tantos puedan creer. Tal vez cambiar el mundo de arriba abajo escape a la capacidad de los seres humanos, pero conseguir que tenga mejor aspecto no es necesariamente tarea de titanes ni de superhéroes. Sin ir más lejos, a través de dos instrumentos de comunicación tan usados por los jóvenes como el correo electrónico y el sms es posible movilizar a miles de personas en un momento y no sólo entregarse a los placeres de Baco en gregaria comunión. Tampoco es necesaria la contemplación de un telediario o una fotografía para ponerse manos a la obra. Basta con decirse, como en el cine: «Yo soy Espartaco, yo también soy Espartaco». Un ejemplo. Piensen en este bien sencillo, piensen que un buen día los 45 millones de españoles diesen un euro, un solo euro, para una causa común. Cuarenta y cinco millones de euros en unas horas. Mientras llega ese día tan utópico (no debiera serlo tanto), que cada cual busque dónde mejor echar una mano. O las dos, si es posible. No es necesario que los vientos del Katrina o los espantos apocalípticos del tsunami nos remuevan la conciencia. Empiecen por la puerta de al lado. Y así sucesivamente. Y no se llamen a engaño ni se dejen convencer por las voces de sirena de los pesimistas. Decir hombre es decir solidaridad. Sin ella, el hombre jamás habría llegado a caminar erguido.